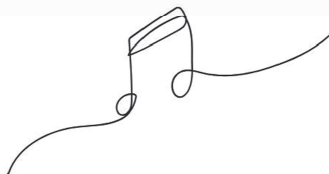




SINFONÍA ACELERADA
de DOS CORAZONES
CABEZOTAS

Celia Añón



AKANE
EDITORIAL

Sinfonía acelerada de dos corazones cabezotas

Primera edición: febrero de 2025.

© de la obra: Celia Añó

© de la corrección: Estefanía Carmona Sánchez (Jacaranda Servicios Editoriales)

© ilustración de cubierta: Marina Speer (@nightmerss)

© ilustraciones interiores: Marina Speer (@nightmerss)

© de las guardas: Freepik

© de la maquetación: Vanesa Marco

© 2025, Akane Editorial

www.akaneeditorial.com

ISBN: 978-84-19305-27-5

IBIC: YFH

Depósito legal: Z 127-2025

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Este es para mi iaia.

*Y para quienes alguna vez me habéis
pedido un libro sin vísceras ni monstruos.*

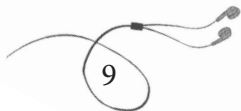


ESCUCHA CON ATENCIÓN
Y MI NOMBRE SABRÁS



En **el** refinado corazón de Cosette latía un odio desmesurado. Abarcaba a personas con nombre y apellidos, la comida grasienta, algunas marcas de ropa y, sobre todo, que la hiciesen esperar. La chica acumulaba el desprecio como una coleccionista caprichosa. Llevaba tanto tiempo haciéndolo que ya no recordaba cuándo había empezado. Su aversión prendía con facilidad y se avivaba como el fuego. En ese momento, era inmenso y proporcional a las ganas de agarrar su bolso y largarse.

Era culpa de la cafetería: de su mera existencia y del estruendo de los clientes, de que su bebida estuviera demasiado empalagosa y solo repitieran las mismas canciones de moda



(esas de las que se había hartado); del zumbido de una bombilla a punto de apagarse, de que su camarera menos favorita todavía no hubiera roto ningún vaso y de que hubieran pintado recientemente las paredes de un azul pastel horroroso. Aun así, la auténtica razón tras aquel cabreo que escondía terremotos era la tardanza de sus amigas.

Cuando Sharon (¡por fin!) apareció, la gente se puso a bailar.

De una de las mesas se incorporaron cinco chicas. Cantaban sobre el desengaño amoroso de una de ellas y corazones hechos añicos. A su alrededor, el resto de clientes empezaron a dar palmas y corear mientras los camareros trazaban piruetas y malabares con las bandejas todavía en las manos.

Cosette dio un sorbo a su té helado y miró a través de la ventana más cercana. «Menudo día de mierda», pensó con una mueca. Era imposible disfrutar del sol vespertino con aquella música infernal taladrándole los oídos. Al menos no desafinaban, pero las cancioncillas eran

pegadizas y luego se le quedarían atrapadas dentro de la cabeza.

Sharon alcanzó el segundo piso de la cafetería justo cuando el espectáculo terminaba. Casi parecía ensayado, aunque Cosette conocía de sobra la naturaleza espontánea de aquellos episodios, que se repetían unas cinco veces por semana. En ocasiones se preguntaba cómo era posible que su amiga no se hubiera vuelto loca. Ella le había cogido manía a la música desde que Sharon manifestó su talento.

—¡Lo siento! —se disculpó la chica tras desplomarse en una silla—. Me he despistado con la hora...

Balbuceó una excusa a la vez que sacaba de su bolsito plateado un tocador. Aunque no había nada inusual en aquel hecho, a Cosette le fascinaba la habilidad con la que hacía aparecer un espejo tan grande como una de aquellas bandejas. Le recordaba a uno de esos trucos de magia a medio camino entre el ardid y lo inaudito. Mientras le contaba una rocambolesca historia sobre un árbol que había crecido en medio de

la calle, Sharon se maquilló y recogió sus rizos negros en dos coletas rematadas con lazos. En el momento en el que consideró que estaba perfecta y resplandeciente, ya en el punto final de su explicación, el tocador desapareció y ella fue a pedirse un helado de fresa.

Cuando Jolene (¡¡por fin!!) llegó, un chillido muy agudo, como de rata afónica, resonó en la cafetería seguido de cristales rotos. Solo por curiosidad, Cosette asomó la cabeza por la barandilla.

En el piso de abajo, una de las camareras había tropezado. Resultaba inconcebible después de que apenas unos minutos antes hubiera hecho piruetas circenses y cargado con montañas de copas de helado sin que se le escurriera ninguna. Cosette esbozó una mueca de fastidio al reconocer a Denise. Su compañera de clase se incorporó, torpe y sonrojada. Se le había deshecho el moño y los mechones dorados se arremolinaban en unos rizos inusuales en ella. Dylan, la estrella del equipo de béisbol del instituto, se levantó de una de las mesas y le tendió

una mano. La intensidad de las luces disminuyó en cuanto sus dedos se rozaron y el ambiente se tornó ligeramente rosa en el momento en el que se miraron a los ojos.

El mundo se detuvo cuando aquellos corazones descubrieron que latían al mismo compás.

La cafetería fue devorada por un silencio que adormilaba a los electrodomésticos y se extendía por los rincones. Nadie bebía ni hablaba, ni siquiera se habían recogido los cristales afilados que encharcaban el suelo. Durante un instante, solo ellos dos fueron reales. Cosette los vigiló con odio, muy tentada a tirarles el té helado para que espabilaran y el mundo retomara su ritmo habitual. No eran impresiones suyas: todos los relojes se habían tomado un respiro. Los dos eran guapísimos y perfectos, rubísimos y de ojos azules; dignos de aparecer en portadas de revistas (de las que ella nunca compraría) y un tanto cortos de entendederas.

Al alzar la mirada, Cosette descubrió a una acalorada Jolene en la puerta del local.

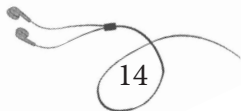
Su amiga levantó la mano y esbozó un «lo siento mucho» con los labios. Tenía el pelo enredado, la diadema torcida y el vestido arrugado, como si hubiera atravesado un vendaval. Entró de puntillas, pues a pesar de haber provocado la escena no se atrevía a romperla. Sorteó a la gente y corrió por las escaleras hasta el segundo piso, donde el ambiente era más distendido. Ni siquiera se inmutó ante la mirada furibunda de Cosette. Jolene era de las que sonreían siempre, incluso ante un suspenso o cuando se perdía un gatito. No por maldad o indiferencia, sino porque era una optimista empedernida que creía que todo acabaría bien.

Se sentó en el momento en el que los recién enamorados por fin rompieron el silencio.

—Denise —balbuceó la camarera.

—Mi nombre también empieza por D, ¡qué casualidad! —exclamó Dylan—. ¿Será el destino?

—¿Es el destino, Jolene? —preguntó Cosette con voz aguda y aún más glaciador que su té helado—. ¿En serio tenías que emparejarlos?



—¡Sabes que no lo hago a propósito!
—Mientras hablaba, Sharon sacó de su bolsito otra vez el espejo y Jolene aprovechó para recolocarse la diadema.

—No me busques las cosquillas, señorita del destino, que solo los chavales con granos no saben controlar sus poderes.

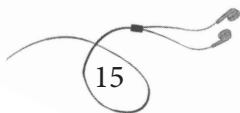
—¡No sabía lo que iba a pasar! Y cuando me pongo nerviosa...

—Suceden cosas —asintió Sharon.

Cosette fingió ignorancia a pesar de saber muy bien a qué se referían. Al darse cuenta de que había empezado a temblar, estiró los dedos y luego los entrelazó. Enterró todas esas debilidades de las que se avergonzaba tras una postura solemne, con la espalda muy recta, los labios apretados y la barbilla alzada con orgullo.

—Pero... ¿por qué Denise? —insistió—. ¿No puedes deshacerlo?

—Sabes que no. Lo siento mucho —añadió con voz compungida—. No controlo lo que sucede, solo que pase algo. Sea lo que sea.



—De verdad, qué asco me dan los poderes.
—Le dio otro sorbo al té. Lo encontró amargo y desagradable por culpa de los nervios—. El mundo sería un lugar mejor si no existieran y fuerais normales como yo.

Odiaba los talentos casi tanto como a Denise. Ninguno le había hecho nada en particular, simplemente existían. Además de ser engorrosos y desbaratar su vida perfecta. Tanto daba que organizase los mejores planes para triunfar, al final algún contratiempo los trastocaba: los poderes por impredecibles, Denise por buena fortuna. Se conocían desde hacía dos años y la detestaba desde entonces; no con un odio pasional como habían sugerido alguna vez sus amigas, sino con el mismo desprecio que a una cucaracha vestida de mariposa. Aquella chica contaba con la insulsa personalidad de un folio en blanco. Debería haber sido un personaje irrelevante en vez de protagonizar todos los sucesos importantes. ¿Había un concurso? Ganaba incluso sin participar. ¿Se perdía un gato? Ella lo encontraba. ¿Su instituto salía en la televisión? Todas las cámaras

apuntaban a esa tontuela vestida de azul que casualmente pasaba por ahí.

Esa semana era el baile de abril y Cosette sabía con una certeza absoluta que Denise acapararía toda la atención. Una vez más.

Era injusto. Y lo odiaba. Ella era más astuta e inteligente, una pequeña reina adolescente de cabellos color canela y caderas pronunciadas. Sus rasgos eran armoniosos y apenas necesitaba maquillaje para resaltar unos ojos verdes enmarcados con largas pestañas y una naricilla respingona. Era rica, querida por sus padres y adorada por todo el mundo.

No entendía por qué Denise era más feliz.

—Qué remedio —bufó—. Iré con Dylan al baile.

Sus amigas la contemplaron con una amplia selección de muecas que abarcaban desde la estupefacción a la inconformidad. La conocían demasiado bien para deducir de dónde nacía esa ocurrencia y no les gustaba.

—Hummm... ¿Seguro? —murmuró Joleen—. El plan de adelantarse y superar a Denise

ha sido un fracaso absoluto. Solo la has ganado en acumular más estrés.

—Lo sé, por eso toca pasar a la siguiente fase: enseñarle qué es el auténtico sufrimiento. Si no puedo evitar su triunfo, al menos la volveré infeliz.

Las chicas intercambiaron una mirada, nada convencidas. Cosette fingió no darse cuenta.

—¿Sabes? —Jolene extendió los brazos e intentó rozarle la mano, pero ella se apartó como si aquel contacto fuera venenoso—. Podría usar mis poderes contigo.

—No.

—Tú también tienes un destino, y seguro que será maravilloso y mucho más brillante que el de Denise. Pero necesitas olvidarte de ella. Que esté triste no te hará feliz.

—Eso no lo sabré hasta que lo descubra. Si me disculpáis...

Se incorporó con elegancia, marcando el final de aquella conversación. Aunque sus amigas acabasen de llegar, ella necesitaba distanciarse. Se le había retorcido el estómago en un nudo

que no desaparecería mientras siguiese en la cafetería. Era la consecuencia de unos minutos demasiado estresantes donde le había tocado tragar todo lo que odiaba y quería volver a su casa para chillarle a la almohada. Luego conquistaría a Dylan y se convertiría en la reina del baile. Aunque también le tentaba prenderle fuego al instituto en una noche de horror. Se le escapó una sonrisa soñadora al imaginarlo.

Entretenida con sus ilusiones, Cosette se dirigió a las escaleras sin fijarse ni en la mirada cómplice de sus compañeras ni en que una de las enredaderas que decoraban el pasamanos de hierro rodaba por los escalones.

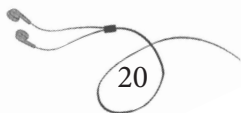
Trastabilló. Y se precipitó hacia abajo sin entender qué había sucedido.

Ocurrió como en una película. El tiempo se ralentizó y ella vio perfectamente su caída en picado. Se le escurrió el bolso, que dio una cabriola en el aire, y la chica extendió los brazos para amortiguar el golpe. Cerró los ojos justo cuando alguien la atrapaba. «No», pensó. «¡NO!».

Los abrió con la certeza de que luego estrangularía a Jolene.

Tropezó con la mirada oscura de un chico guapísimo. Sospechaba aquel desenlace y por eso le advirtió a su corazón que ni se le ocurriera acelerarse más de la cuenta. Cosette se obligó a mantener la cabeza fría pese al silencio expectante de los que observaban aquel segundo encuentro. Había aterrizado entre los brazos de un desconocido. Sus manos descansaban con naturalidad sobre sus hombros mientras un brazo le rodeaba la cintura para que no volviera a perder el equilibrio. Se miraron a los ojos. El flequillo le caía a un lado y pudo distinguir un pendiente con forma de serpiente. Aquel joven se había apropiado del negro con la misma avaricia con la que ella elegía siempre los vestidos de color pastel y ese contraste seguramente había generado un armonioso claroscuro. Se estremeció. El viento arrastraba las notas de una melodía dulce, que los envolvió como una banda sonora.

La chica se apartó de su roce con una brusquedad inapropiada. No solo se hizo añicos



aquel encuentro, además casi se resbaló por uno de los escalones.

—Nohacíafalta —masculló, seca y cortante, mientras se incorporaba con la poca dignidad que le quedaba.

Cosette recogió su bolso del suelo y huyó sin mirar atrás. No reaccionó ni al escuchar a sus amigas correr hacia ella como elefantes en una cacharrería. Solo se detuvo cuando la agarraron de la muñeca, justo al alcanzar la puerta. Aunque en apariencia eran muy diferentes, Jolene tan delgaducha y con demasiada empatía, Sharon un tanto despreocupada (por no decir pasota) y con un cuestionable sentido del gusto, ambas compartían la sincronía espeluznante de dos almas gemelas.

—Perdón —lloriqueó Jolene mientras le zarandeaba el brazo—, creí que te gustaría ser la protagonista de un encuentro destinado.

—Y quiero —bufó, soltándose—, pero no tras una caída ridícula en brazos de un desconocido.

—Un desconocido guapísimo —apuntó Sharon con un codazo y un guiño—. ¿No vas a decirle nada más?

—No.

—¿Ni un teléfono? ¿Ni una dirección?

—Nada de nada.

—¿Ni un agradecimiento? ¡Que te ha pillado al vuelo!

—No ha sido él, sino los poderes de alguien que yo me sé.

Las dos se colocaron tras ella con una coordinación perfecta y le dieron un empujón en la espalda.

—Veeeenga...

—¡Que no!

—Pregúntale al menos cómo se llama —le pidió Sharon—. Puedes decir que es para una amiga.

—Para dos —añadió Jolene.

«Sí, para luego hacer de casamenteras», pensó con fastidio. «Que nos conocemos muy bien».

Se dejó enredar porque estaba cansada y aquel chico no se merecía su malhumor. Tras

espantar a sus amigas como a moscardones, fue en su búsqueda. Suspiró de fastidio al distinguirle en el mostrador. No le apetecía hablar con él. Los encuentros que provocaba Jolene solían ser de casualidades poco creíbles, aunque la mayoría se decantaban por el romance. «Si mi historia de amor empieza así, no quiero saber cómo terminará». A Cosette le gustaba soñar con grandes fantasías, no con protagonizar escenas de comedietas románticas.

Se acercó al chico tan firme, furiosa y fastidiada que a su alrededor varios se giraron hacia ella y algunos arrastraron su mesa lejos. Se advertía en el aire una tormenta y los únicos que no parecían percibirla eran dos amigas metomentodos; Dylan, que bromeaba ajeno con sus compañeros; y Denise, que todavía cargaba bandejas con expresión atolondrada.

Cosette respiró hondo.

—Eh.

El chico se giró. No era tan guapo como había considerado en un principio. Se alejaba del prototipo de tiarrón musculoso y bronceado

en el que solía fijarse. Sin embargo, reconoció a regañadientes que contaba con un atractivo inusual. Quizá porque su sonrisa se retorció con un toque de travesura o porque lucía el negro sin que resultase sombrío. O quizá porque la luz le arrancaba un destello nacarado a sus ojos.

—Hola —la saludó de una forma tentativa, casi cautelosa. Y ella se percató con mucho bochorno de que se había quedado en blanco.

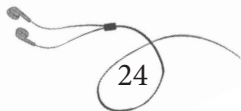
Cosette disimuló su aturdimiento con un carraspeo. Tras desactivar su corazón estúpido, le cedió todo el control al cerebro.

—Mira, ha sido una tarde horrible y no estoy de humor para nada. Gracias por cogerme y perdón por tardar en dártelas.

—Agradecimientos y disculpas aceptados —asintió él—. ¿Querías algo más?

—Tu nombre.

Un silencio insólito se adueñó de la cafetería. «Oh, no», se lamentó con un escalofrío. Le dio la espalda muy veloz para huir, pero él la atrapó de la muñeca con una elegancia felina.



Las primeras notas de una melodía surgieron en el momento en el que se miraron a los ojos.

—*Dicen que quieres saber mi nombre* —cantó—. *Pues escucha con atención.*

A Cosette se le escapó un grito cuando las luces se apagaron. Aquella canción era diferente a las anteriores. Despertaba una música ronca, un poco melancólica, cada vez más siniestra. Él ya no la sujetaba, así que intentó escabullirse. Sin embargo, descubrió que las sillas y las mesas se amontonaban en un laberinto.

Las luces se encendieron, en rojo intenso y verde mustio. El chico misterioso se encontraba delante de ella, subido a una de las mesas, y se inclinó sin dejar de cantar.

—*Soy esa sombra que nadie conoce. Soy la pesadilla por descubrir. ¡Mi reino será el rencor y la desesperación! ¿Aún mi nombre quieres conocer?*

—No, la verdad es que no... —Retrocedió un paso, pero algo se le enredó en el tobillo.

Al agachar la mirada descubrió una raíz gruesa, como las zarzas de una película. Surgían por las esquinas, el techo y las paredes mientras

la música crecía con más fuerza y los clientes coreaban y daban palmadas.

—*Soy la lluvia helada que te robará la voz. Soy la bestia que duerme en la oscuridad. ¡Una vez el mundo me conozca no habrá salvación! ¿Aún mi nombre quieres conocer?* —Las raíces se deslizaron por las piernas de Cosette y la elevaron. Valoraba deshacerse de ellas cuando el chico la atrapó de la cintura—. *Porque si quieres saberlo entonces te lo diré. ¡Escucha con atención y mi nombre sabrás! Soy Hyojong.*

—*¡Hyojong! ¡Hyojong!* —corearon los demás desde las sombras.

Cosette intentó retroceder, pero acabó atrapada en un baile sobre la mesa. No era él, aunque hubiera tomado su mano, sino aquel odioso poder que le había arrebatado el control de sus pies.

—*Soy el destino torcido que le espera a la humanidad. Soy la serpiente que morderá cada uno de tus pedazos. ¡Nadie me podrá detener! ¿Aún mi nombre quieres conocer?* —Cosette terminó otra vez entre sus brazos. La canción chisporroteaba en el aire, como una suerte de corriente eléc-

trica que se extendía desde los dedos del chico a su piel—. *Me llamo Hyojong. Nunca lo olvidés.*

Le hubiera gustado responder que nunca olvidaría aquel ridículo, pero su corazón había recuperado el control y estaba aterrado. La chica plantó los pies sobre la mesa tambaleante y se mordió el labio antes de aferrarse a la magia. Tiró de ella. La destrozó en briznas que desgarraron la canción. Y ellos se derrumbaron junto a las sillas. Un instante después, las luces recuperaron sus colores habituales y la gente retomó sus quehaceres como si no hubiera sucedido nada.

Sonó una cafetera, un maullido distante. Alguien contó un chiste graciosísimo que arrancó varias carcajadas. A ella le llegó distorsionado, como ruidos de una televisión rota. Había acabado a horcajadas sobre Hyojong y le inmovilizaba las muñecas contra el suelo, justo sobre su cabeza. Aquella canción retorcida la había dejado tan aturdida que ni siquiera fue consciente de la presión con la que lo retenía ni de los esfuerzos del chico por desasirse.

Hyojong se detuvo al comprender que se estaba enfrentando a unos músculos de roca y acero escondidos bajo uñas de manicura. La contempló con los ojos muy abiertos, afectado quizá por una estupefacción similar a la suya.

—¿Superfuerza? —farfulló—. Vaya, ese sí es un auténtico superpoder.

—Dime por favor que esa no era una canción de villano.

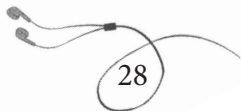
Él le devolvió una sonrisa torva.

—Me da que tú y yo hemos tenido muy mala pata.

Cosette ahogó un grito de frustración. Un trazado de grietas se dibujó en el suelo cuando se incorporó, brusca y descontrolada como una tormenta. En ese momento habría cambiado aquel encuentro por uno cursi y romántico o le habría cedido todo el protagonismo a la sosa de Denise.

Antes de que Hyojong se pudiera levantar, le clavó uno de sus tacones en el pecho.

—Olvídame —siseó—. Y yo no le diré a nadie que estás pirado, ¿entendido?



—No me gusta esa palabra —habló con una lentitud cautelosa. Entre las patas y las sillas se asomaron más de esas raíces, que esperaron como si desconfiasen de ella—. Pero te puedo guardar el secreto... por el momento.

Aunque le tentaba borrarle aquella expresión taimada con una patada, se contuvo porque sabía que también acabaría con su expresión ósea. Cosette se apartó y se recolocó el pelo y la falda como la chica elegante y guapa que era. Tomó su bolso y se fue sin dejarse enredar por ninguna provocación.

